Jeromín

10 cts

AÑO VI.—NUM. 283

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID. — ALFONSO XI, 4. — APARTADO 466

11 de octubre de 1934

Don Cirilo va al parque...

1
VAMOS AL PARQUE A DARLE AL NENE UNA LECCIÓN DE ZOLOGÍA ANIMAL.
TENGO ENTENDIDO QUE AQUÍ ESTAN TODOS LOS ANIMALES, ENTONCES VERÉ A MI PRIMO.

2
DEME DOS ENTRADAS Y UNA MEDIA PARA EL NIÑO. QUE SEAN BUENAS.
ZOOLÓGICO

3
¡HUY! QUE HUEVO TAN GRANDOTE, SE LO VOYA DAR A PAPÁ.

4
NIÑO, NIÑO, ESTAS COSAS NO SE TOCAN ¿SABES?

5
¡VANDA QUE GRACIA TIENE MI PADRE...

6
¡COMO JUEGA CON ESE ANIMAL. YO TAMBIEN QUIERO COLUMPIARME!...

7
OTRO HUEVO GRANDOTE. CON ESTE ME VOY A HACER UNA HUCHA.

8
MÍRA, PAPÁ. ESTE QUE BONITO ES!...

9

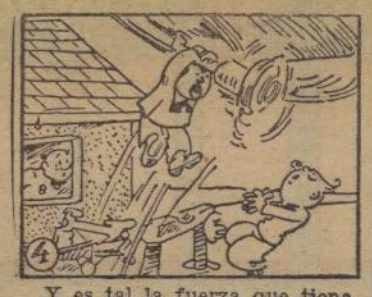
10
¡VEN ACÁ, MOCOSITO, QUE TE VOY A ENSEÑAR EL ELEFANTE!

TEODORO DELGADO

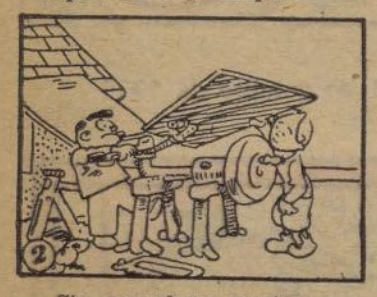
Ayuntamiento de Madrid

DON PONCIANO Y SUS SOBRINOS

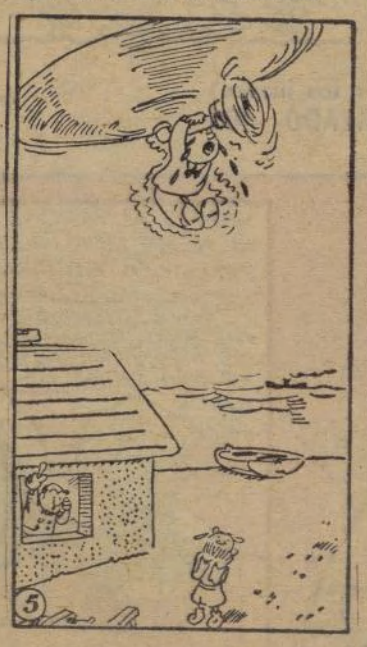
Con arte, paciencia y maña emprenden una campaña.



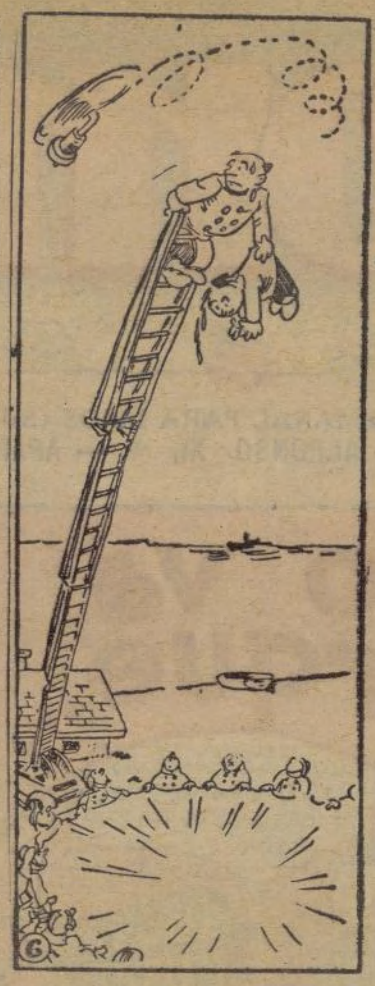
Y es tal la fuerza que tiene que en el aire se mantiene.



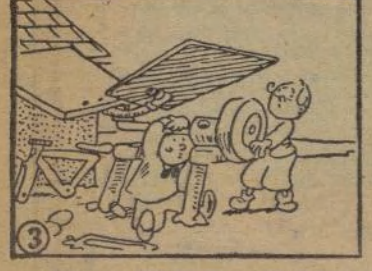
Sin concederse respiro fabrican un autogiro.



El aparato se eleva y al sobrinito se lleva.



Y ved el fatal momento del trágico salvamento.



Nuevo, bonito y barato para pasar un buen rato

EN EL TEATRO FUENCARRAL TODOS LOS JUEVES, A LAS SEIS Y MEDIA Y LOS DOMINGOS A LAS CUATRO, SE REPRESENTA EL CUENTO LIRICO INFANTIL

EL PRINCIPE AZUL

(Aventuras de Repollo y JEROMIN)

LA OBRA CUMBRE DEL TEATRO INFANTIL REPRESENTADA POR LA MEJOR COMPAÑIA LIRICA DE ESPAÑA. LA OBRA DE LA EMOCION INTENSA Y DE LAS DIEZ MIL CARCAJADAS. TODOS DEBEN IR AL FUENCARRAL A VER

EL PRINCIPE AZUL

El espectáculo que subyuga a los niños y encanta a los mayores.

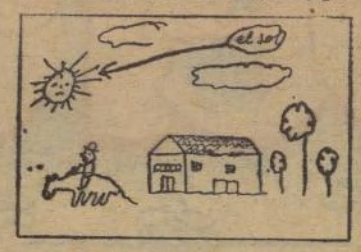
Los niños que vayan guardando esta serie de dibujos, llegarán a reunir un precioso y divertido surtido de "películas" que les harán pasar muy buenos ratos a ellos y a sus amiguitos.

Ya sabéis el modo de "proyectar" con el "Cine Jeromín". Recortáis las películas por la línea de puntos, pegándolas luego en una cartulnia; en la pantalla abrís dos rajitas por donde indican las rayas, y ya no hay sino "rodar" la película.

Iluminando las figuras en colores, el efecto es precioso.

AMENIDADES

¡Señores, y qué preciosidad! ¡Qué cosa más linda! Al contemplar esta maravilla pictórica la emoción nos ha embargado de tal manera, que hemos tenido que ducharnos para volver "en sí". Vean ese caballo, que



nada tiene que envidiar al diplodocus; ese Sol, que tiene toda la pinta de un adolescente desmelenado saliendo del baño. Admiren esos árboles, esa casa y esas nubes, y dígannos con la mano puesta en el hígado si Pepito Herrera, de siete años, y que vive en Madrid, Eduardo Dato, 18, no es merecedor de una primera medalla.

El maestro.—Tiene usted un niño que es una monada; si viera que limpísimo es en el colegio. Pide a sus compañeros el pañuelo, para no ensuciar el suyo.

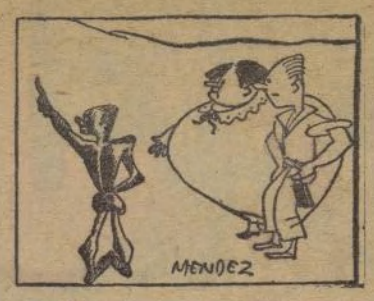
Para ver lo que hay detrás

Las gafas que reproduce nuestro dibujo llevan a los lados un espejito que permite al portador ver lo que pasa detrás de él, sin volver la cabeza y sin

perder por eso de vista lo que ocurre delante.

Estas gafas se hacen de varios tamaños y se destinan principalmente a los automovilistas y motociclistas, porque sin desatender el guía saben qué coches se aproximan.

También pueden ser de gran utilidad para los aviadores, sobre todo cuando se generalice más la navegación aérea.



—Aquello que se divisa a lo lejos es la pagoda.

—Pa-goda mi señora y está más cerca que aquella.

Actualmente pueden comerse sandías que saben a fresa, melocotones, etc. Esto se consigue inyectando en el pedúnculo de la sandía, mientras está verde todavía, el extracto de la fruta que se desea.

—Pero, hombre, don César, ¿cómo usted haciendo un pozo—

—Sí; es que a mi señora le han mandado que tome agua de Solares.

¡Oooolé! ¡Vaya muletazo que ha dado Belmonte! Pedro Aranda, de 12 años de edad, nos asegura que es Belmonte, y como Perico lo afirma, nosotros lo afirmamos también. ¡Oooolé!

EL "CLUB BOMBÓN"

Sección deportiva

(Continuación)

e) Se formarán varios equipos de fútbol con las siguientes denominaciones: Titular, Reserva, Segundo y Tercer equipo. Estos conjuntos concertarán encuentros con equipos de otros Clubs y Sociedades, encargándose el selecionador de clasificar a los jugadores conforme a las aptitudes de cada cual. Igualmente el seleccionador de atletismo hará las clasificaciones de los pequeños atletas de **Primera, Segunda y Tercera** categoría.

f) El uniforme y los colores del "CLUB BOMBON" los determinará la Directiva, integrada por **BOMBON-PILIN-LUCERO. El Club proveerá a sus jugadores de los equipos necesarios: botas, calzón, maillot, etcétera.**

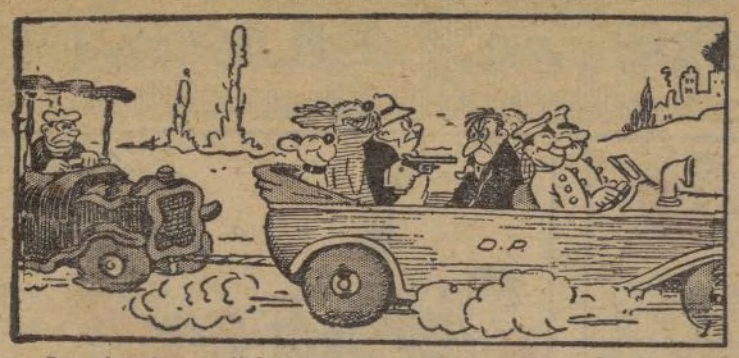
g) Siendo el principal objeto de esta sección el encauzar y dirigir debidamente el deporte infantil, el "CLUB BOMBON" tendrá a su disposición técnicos deportivos que controlarán las modalidades que ha de abarcar esta actividad del Club, y entrenarán a los jugadores con el fin de que los equipos del "CLUB BOMBON" sean los más potentes de los conjuntos infantiles.

h) En el domicilio social se fijará una tablilla donde se anuncien los encuentros que han de disputarse cada domingo, los días de entrenamiento, y en general cuantas noticias interesen a los jugadores, los cuales se entenderán con la Directiva por medio del capitán de cada equipo.

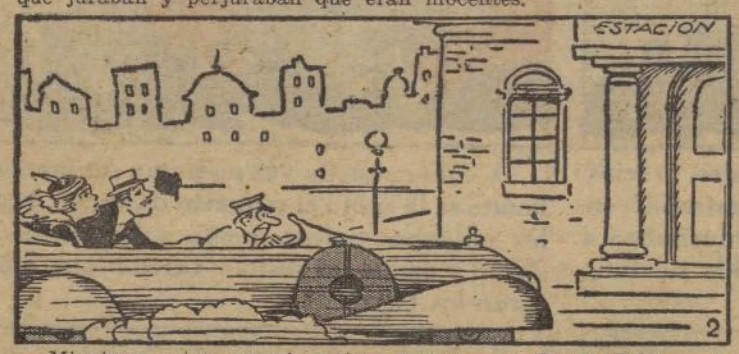
i) A los efectos sociales, en esta sección regirán las normas generales para los socios del Club.

Ayuntamiento de Madrid

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



Los heroicos policías, por momentos mucho más heroicos condujeron fuertemente atados a los malditos "Toma" y "Dale", que juraban y perjuraban que eran inocentes.



Mientras estos emocionantes sucesos se desarrollaban, el marido y la esposa corrían velozmente camino de la Jefatura a saber noticias de su idolatrado perrito.

En aquel momento el jefe de Policía recibía la comunicación de sus heroicos subalternos, comunicándole la captura de los malhechores y la libertad de los secuestrados.

Y tres minutos veinticinco segundos después aparecía toda la comitiva en la Jefatura, donde se desarrollaba una tierna y conmovedora escena llena de fuerte emoción.

El jefe de los heroicos policías ordenó el inmediato envío de los malhechores a la cárcel, mientras el esposo abrazaba contentísimo a don Simplón y a Dinamita.

Y para corresponder a la heroicidad de don Simplón y su perrito, el esposo entregó a nuestro héroe un cheque de diez mil pesetas para que se hiciese un hotelito.

BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

CAPITULO X

EN BRAZOS DEL HERMANO

Cuando Pablo hubo reposado algo de su fatiga y sosegado sus emociones, dijo a la marquesa:

—Ahora, con vuestro permiso, señora, debo retirarme. Permitidme salir.

—¿Y adónde pretendéis ir a estas horas y por una ciudad cuyas calles no conocéis?

—A buscar a mi amigo Emilio. Tengo la obligación de salvarlo.

—¿Pero no comprendéis que en una ciudad tan inmensa, que desconocéis en absoluto, nada conseguiríais como no fuese comprometeros vos mismo en aventuras de las que quizás no saldríais tan bien librado como de la primera? ¡Ea! ¡Ni pensarlo! Descansad esta noche aquí, y mañana, a la luz del día, deliberaremos con Gerardo lo que convenga hacer para hallar a vuestro compañero. Sólo esto puede dar algún resultado práctico.

—Tenéis razón, señora. Perdonadme, porque mi cabeza no puede discurrir con serenidad.

—Lo que debes hacer ahora es tomar algún alimento. Yo también te acompañaré, porque es la hora de mi colación. Gerardo suele servirme de cocinero y de asistente, con mucha gracia. Hoy vas a sutituirle tú. En aquella despensa hallarás algunas provisiones. No será gran cosa, porque la revolución nos lo ha quitado todo. Y demos gracias a Dios, que nos da lo necesario.

—No os preocupéis, señora, que a mí también la revolución me ha enseñado a ayunar.

Aunque se animaban mutuamente a comer, ninguno de los dos comensales hizo apenas honor a las modestas viandas. Devorando sus propias penas, con el pensamiento lejos en el tiempo o en el espacio, apenas si se daban cuenta de la realidad presente. No por eso habían perdido, sin embargo, el hábito de la asidua vigilancia, que era forzoso guardar en aquellos trágicos días. A cada momento creían oír pasos de espías.

De pronto oyeron un ruido claro en el jardín, y momentos después se sintió crujir la cerradura del pabellón. El mismo terror dejó paralizados en sus asientos a la anciana y al muchacho, que ni intentaron siquiera apagar la luz o esconderse. Abrióse la puerta en esto y aparecieron en el umbral dos figuras de hombres. Era Gerardo, acompañado de otro joven de su misma edad.

—¡Víctor, hermano mío!—gritó Pablo echándose en brazos del nuevo recién llegado.

—¡Un poco de cautela, muchachos! ¡Las paredes oyen!—dijo Gerardo acercándose al grupo—. Ya tenemos a uno. Con la ayuda de Dios iremos encontrando a todos.

Lo que se dijeron y preguntaron los dos hermanos, fácilmente lo adivinará el lector. Pablo enteró a su hermano mayor del viaje de su común abuelito el marqués de Latour, de su propia vida en el refugio de la alquería de Miguel y de su reciente llegada a París acompañado de Emilio, a quien en el tumulto de la fiesta había perdido. Víctor, por su parte, comunicó a Pablo que el hermano mayor de ambos militaba en las filas del Ejército revolucionario y que su noble y adorado padre estaba preso en París.

—Lo salvaremos—replicó impulsivamente Pablo—. ¿Verdad, Víctor? ¿Verdad, amigo Gerardo?

—Consagraremos nuestra vida a ello—respondieron a una los dos interpelados.

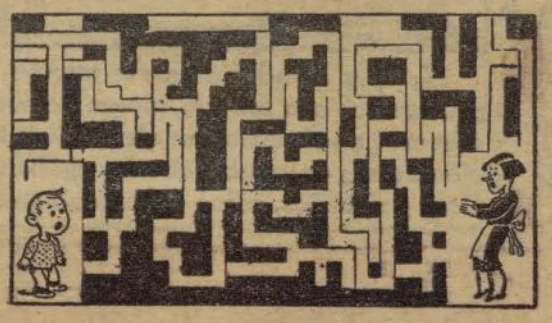
—Y también a buscar y salvar al pobre y buen Emilio—añadió Pablo con resolución.

Lo prometieron asimismo los dos jóvenes y se dispusieron a salir de nuevo.

—Descansad lo que queda de noche y poned la confianza en la Providencia. Nosotros debemos volver a nuestro Club y a nuestra farsa. Quedad con Dios.

Y se alejaron, mientras la marquesa y Pablo quedaban entregados en la soledad a sus temores y a su dolor. **(Continuará.)**

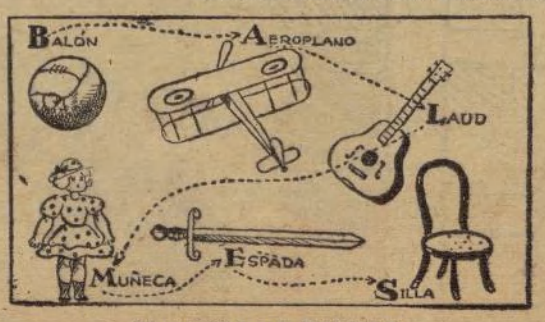
PASATIEMPOS



La señora advirtió a la niñera que cuidase de Carolinito, y la niñera ha perdido al niño. ¿Qué camino seguirá ahora para encontrarle?

Trazar tres círculos; cada uno que corte a los otros de forma que resulten 10 compartimientos, y sumados los números de cada uno, formen 15.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



El nombre era BALMES

Mirad a los tres amiguitos

Ayuntamiento de Madrid

CASCARILLA ES UNA ARDILLA

"Ja, ja, ja", reía el transeúnte al ver que Cascarilla se había ensuciado su terno. "Ese tío es tonto, y luego di-

cen que Cascarilla es listo. ¡Ja, ja, ja! ¡Hay que ver cómo se ha puesto el traje de pintura! ¡Ja, ja, ja!" Y el

transeúnte tuvo bien pronto ocasión de convencerse de que aquel que se burlaba de Cascarilla salía bien pron-

to malparado. Y es que, como podéis ver, de nuestro héroe no podía burlarse nadie en absoluto

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN

Tarugo y Perdigón proseguían en el aire, gracias al vapor que despedía la ballena amaestrada, en tanto que Terre-Moto y Pérez Oso se hinchaban a hacerse trampas en su contumaz partida de tute, que jamás acabaron a gusto.

¡AYAYAY! ¡AYAYAY! ¡AYAYAY! ¡OJALÁ QUE ELLA NOS SALVE!

Y entonces los hermanitos comenzaron a llorar en inglés, en francés, en español, en ruso y en esperanto, aunque el llorar en esperanto les costaba mucho trabajo, sobre todo a Tarugo, que tenía frenillo y respiraba malamente.

Y, muy agradecida a sus nuevos amigos, juró protegerlos con toda la fuerza de sus alas, y, para empezar a ayudarlos, se elevó con ellos en persecución de sus enemigos, que navegaban contentos, felices y risueños, como un hipopótamo viudo.

Y como aquella vez no podía ser menos, a la ballenita se le agotó el repuesto de vapor, yendo a caer los pilluelos violentamente sobre el estómago de Tizón y dando tal susto a Terre-Moto, que se le erizaron los bigotes.

Pero, por casualidad, y porque si no se habrían concluído estas aventuras, acertó a pasar por aquellos lugares Serafina, la de la vista tan fina, y, compadecida de los pilluelos, les sacó del apuro, elevándose con ellos por el azul.

Pérez y Torre habían vuelto a comenzar su partida de "tute perrero", y eran tales las trampas que se hacían, que la ballena acabó por suspirar: "Raca rajunda cayzaragatonponbom", que, traducido, decía: "¡Pero qué tíos más tramposones!"

Aquello les hizo la misma gracia que si les rascasen la barriga con un cepillo de raíces, y en su afán, cada vez mayor, de deshacerse para siempre de los pilletes, les chutaron a gol sobre el primer islote que se encontraron.

"OSTRAS, SERAFINA, TE SEÑALAREMOS UNA GRAN OCASIÓN DE RESCATE!"

Y, durante el viaje aéreo plumífero, los pilletes comenzaron a sobornar a la de la vista "chipén", haciéndola conmovedoras proposiciones de amistad y de cariño, capaces de conmover a un guardacantón y de ablandar un martillo.

¡PUM!

Y en el momento en que, según costumbre, Terre-Moto sumaba ocho y siete treinta y cinco, y Pérez Oso cuatro y cuatro cincuenta y siete, cayó sobre ellos el "regalito" que les enviaban los pilluelos, haciendo zozobrar a la ballena.

Y allá en el islote, cual nuevos Robinsones de segunda mano, quedaron los pillos de los hermanitos, mientras Terre-Moto se despedía en inglés, que había aprendido en el "cine": "Gud vai" "Auf virersen", repuso Pérez Oso.

DINAMITA

Y, una vez en tierra, firmaron su alianza con la de la vista fina, convidándola a una ración doble de arenques podridos rebozados con salsa de calcetines rojos, que eran la debilidad de Serafina, la cual se puso contentísima.

Y cantando el himno de "Jeromín" igual que le habían oído cantar en el teatro, se alejaron de aquellos lugares, burlándose de sus encarnizados enemigos, de quienes ya creían haberse librado para siempre jamás de los jamases. (Continuará.)

REPOLLO CARA DE BOLLO

Repollo estaba contentísimo porque había encontrado un empleo: el de fijar carteles del "Almanaque de

Jeromín". Muy contento de su obra, llamó a su gran amigo Bombardino y le dijo: "Fíjate, Bombardino, que he

dado la nota; soy el tío más grande pegando carteles. Fíjate, fíjate qué sitio más estupendo he elegido. ¡El

mejor de Madrid!" Y, efectivamente, la realidad se encargó de demostrarle la certeza de sus afirmaciones.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana

"¿Te fijas qué buenecita se está volviendo Laura?"—le decía don Fielato a su querida consorte y completamente fielata

Y, decidido a premiar el buen comportamiento de Laura, don Fielato le compró a Laura una preciosa jaula de oro con incrustaciones.

A Laura le indignó que le premiasen de aquella manera, que le privaba de su libertad, por muy de oro que fuese la jaulita.

En esto, llegó Cencerrito, el gato feroz, y se quedó atónito al contemplar a Laura. "Es que me han premiado—dijo Laura—, pero...

...mira, Cencerrito, tú te mereces el premio; ábreme, y te quedas dentro y completamente premiado". Y Cencerrito abrió.

JA, JA, JA!

Y cuando Laura, muy contenta, creyó haber engañado a Cencerrito, resultó ella la engañada, pues el gato por algo se metió dentro.

Ayuntamiento

EL EXPLORADOR

Ante el éxito de su caza del oso feroz, el valiente explorador fué llamado a otras tierras pa-

ra que capturase a un tigre más malo que un Miura y más fiero que un gato rabioso. El valiente explorador puso manos a

la obra, y sin armas, pistolas ni cuchillos, se cargó al tigre ferocísimo, demostrando que era

el amo de los valientes exploradores y cazadores de fieras salvajes.

VERDADES Y MENTIRAS

AMIGOS PARA TODO

Caminaban juntos un mastín y un asno cargado de pan, haciendo un largo viaje. Llegó un momento en que ambos sintieron hambre, y el asno se puso a comer algunas hierbas que nacían a la vera del camino. Al verlo el mastín, sintió crecer su apetito y pidió al asno que le diese un trozo de pan de los que llevaba en su carga.

El asno le respondió que si

tenía hambre podía contentarse como él, con lo que hallase a mano por el campo, porque el pan que llevaba no era para dárselo a cualquiera sin más ni más.

En aquel preciso momento apareció, a cierta distancia, el lobo. Entonces el asno comenzó a temblar y a suplicar al perro que permaneciese junto a él para defenderle de un posible ataque.

—No puede ser—respondió el mastín—. El que come solo, ha de luchar también solo.

Y dejó a su compañero de viaje a merced de su enemigo el lobo.

Si queréis tener amigos os habéis de conducir siempre con ellos amistosamente.

CON MUCHO DISIMULO

Un labrador vino a la ciudad y se encontró con un amigo. El labrador, muy cortés, sacó su tabaquera, llena de fino rapé, y la presentó a su interlocutor. Este no se hizo de rogar y metió los dedos en la caja; pero el polvo estaba tan apretado, que apenas se podía arañar algunas partículas. Para ganar tiempo y poder operar más disimuladamente, el de la ciudad comenzó a preguntar al del campo cómo estaba su mujer, y después, cómo estaban sus hijos, y luego, si crecían mucho, y a continuación, cómo estaban las vacas... Y al enterarse de que se había muerto una ternera, comenzó a preguntar de qué enfermedad, y cuánto tiempo hacía, y cuántos días había estado mala... Entonces el labrador, sonriendo y enseñando la tabaquera medio vacía, le preguntó: —¿Estabas mirando si por casualidad estaba enterrada la ternera aquí dentro?

SERENIDAD EJEMPLAR

Se cuenta que M. Harley, que fué el primer presidente del Parlamento de París, poseía en grado eminente aquella ecuanimidad que, si en todo hombre es loable y meritoria, lo es de modo especial en las personas investidas de cargos o dignidades públicas.

Cierto día, una noble dama que no había podido conseguir del presidente el favor que había ido a pedir de él, se despidió secamente, y con gesto altanero y desdeñoso se dirigió hacia la puerta de la estancia en que se celebraba la entrevista. Harley quiso acompañarla, pero la dama se opuso; y en vista de ello, el presidente, deteniéndose un momento, pareció que dejaba que su visitante

se alejase sola. Pero decidió por fin acompañarla a corta distancia, y mientras la seguía le oyó que barbotaba en voz baja las mayores injurias contra él.

De pronto, la señora volvió sobre sí y vió al presidente a su lado.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la señora—. ¿Pero está usted aquí?

—Señora—respondió él—: ¡íbais diciendo frases tan gentiles, que no he podido menos de seguiros!...

Y la acompañó hasta la puerta.

UN HÉROE

El valiente explorador deseaba cazar a un fiero oso feroz que devastaba la comarca y que

siempre burlaba o asesinaba a sus perseguidores. El valiente explorador preparó una ingeniosísima trampa, y poniéndola so-

bre la superficie helada de la pradera, capturó hábilmente a la bestia dañina; demostrando, una vez más, que más vale fuer-

za que maña; y si no, que se lo pregunten al oso, que, patinando, tuvo que darse y entregarse por vencido.

EL OBSEQUIO DE MARIANO A UN SEÑOR VEGETARIANO

Marianito era mucho más listo de lo que a primera vista parecía, y sabiendo que el señor del segundo izquierda era vegetariano, decidió hacerle un obsequio, gracias al cual pensaba ganarse una buena propina. Con creciente afán puso mano a la obra, y valiéndose de hortalizas hizo un precioso busto, con el que subió a obsequiar al señor del segundo izquierda.

Este se puso muy contento al ver las artísticas hortalizas, y regaló a Mariano un cheque de veinticinco reales y medio, para que se divirtiera.

LOS MARAVILLOSOS VIAJES DE GULLIVER

CAPITULO VI

(Continuación)

Artículo II. Que habiendo llegado poco ha ciertos Embajadores de la Corte de Blefuscu a pedir la paz a Su Majestad, el dicho Flestrin, como un vasallo desleal, socorrió, ayudó, consoló y regaló a dichos Embajadores, con pleno conocimiento de que eran ministros de un Príncipe que acababa de ser enemigo declarado de Su Majestad Imperial con guerra abierta.

Artículo III. Que el dicho Quimbus-Flestrin, contra la obligación de un fiel vasallo, se está preparando actualmente para pasar a la Corte de Blefuscu, sin más licencias que un permiso verbal de Su Majestad Imperial; y con la capa de ese tal permiso se propone temeraria y pérfidamente hacer dicho viaje, socorrer, auxiliar y ayudar al Rey de Blefuscu.

—Aun hay otros artículos—me añadió—; pero los más importantes están comprendidos en la relación que os he leído.

En los diferentes congresos que ha habido para la determinación de la causa, es preciso confesar que Su Majestad ha manifestado su moderación, dulzura y equidad, representando muchas veces vuestros servicios y mirando a disminuir los delitos. El Tesorero y Almirante opinan que se os debe dar una muerte cruel e ignominiosa, poniendo fuego a vuestro alojamiento de noche; el General quería esperaros con veinte mil hombres armados de flechas emponzoñadas para dirigirlas a vuestro rostro y manos. También se ha pensado dar una orden secreta a varios de vuestros criados para que repartiesen por vuestras camisas un suco venenoso que os haría despedazar vuestras mismas carnes hasta morir en los tormentos más

excesivos. El General ha aprobado este medio: de suerte, que por algún tiempo la pluralidad de votos ha estado en contra vuestra; pero Su Majestad, resuelto a salvaros la vida, ha ganado la anuencia del Camarero mayor.

Durante estas conferencias, Redresal, primer Secretario de Estado con destino a los negocios reservados, recibió orden del Emperador de dar su voto: también se ha conformado con el de Su Majestad, y ciertamente ha correspondido a la estimación que le profesáis. El reconoce que los delitos son grandes; pero que no obstante merecen alguna indulgencia. Ha dicho que siendo pública la amistad que os une, puede haber algunos que le crean apasionado en vuestro favor; mas con todo, quería dar su dictamen con franqueza, obedeciendo al real precepto: que si Su Majestad, en consideración a vuestros servicios, y según la dulzura de su espíritu, quería salvaros la vida, contentándose con que os saquen los ojos, juzgaba con sumisión que esto bastaba a satisfacer en algún modo la justicia, y que todo el mundo aplaudiría su Imperial clemencia, como también el procedimiento equitativo y generoso de los que tienen el honor de ser sus Consejeros. Que la pérdida de los ojos no perjudica la fuerza corporal, con la que quedabais en aptitud de poder servir todavía a Su Majestad. Que la ceguedad contribuye a aumentar el valor, porque oculta los peligros, y reuniéndose el espíritu, queda mejor dispuesto para discernir la verdad. Que el mismo cuidado que teníais en defender la vista, era el principal motivo que os había detenido en apoderaros de la flota enemiga; y que bastaba que vieseis por los ojos de los demás, pues que hay Príncipes muy poderosos que no suelen ver de otra manera.

Esta proposición desagradó extremadamente a toda la Asamblea; el almirante Bolgolam, todo sofocado, se levantó, y transportado de furor, dijo:

"Que se admiraba mucho de que el secretario tuviese atrevimiento de opinar por la conservación de la vida de un traidor. Que los servicios que os atribuían eran, con arreglo a las verdaderas máximas del Estado, unos delitos enormes; que quien había sido capaz de apagar de un golpe incendio tan grande regando con aguas inmundas el Palacio de Su Majestad (lo cual no podía recordar sin horror), podría con el mismo arbitrio, cuando se le antojase, inundar el Palacio y toda la capital teniendo a prevención alguna bomba dis-

forme; y que el mismo poder con que habíais arrastrado la flota enemiga, serviría para volverla otro día al mismo puerto con el menor motivo de desabrimiento que tuviéseis de nosotros. Que él tenía razones muy fuertes para pensar que en el fondo de vuestro corazón erais Gruesiextremita; y porque la traición principia en el corazón antes de mostrarse en las acciones, desde luego, os declaraba formalmente traidor y rebelde, consintiendo en que se debía, sin más dilaciones, quitaros la vida."

El tesorero fué del mismo parecer. Hizo ver el extremado apuro que padecía el Real Erario por el gasto de vuestro sustento, que dentro de poco tiempo sería insoportable.

(Continuará.)

Ayuntamiento de Madrid

EL CAYADO DEL PASTOR—CUENTO

El anciano pastor que vivía en una cueva con un pequeño rebaño de cabras y con su hijita Griselda, no pudo dejar a ésta, al morir, sino aquel puñado de animalitos hambrientos, entecos y sin leche y su viejo cayado.

Su hija, después de llorar a su padre y darle sepultura, abandonó, con sus cabras y su cayado, aquellas montañas. Y andando, andando llegó a la cabaña de una viejecita en el momento en que la buena mujer se esforzaba en vano, poniéndose de puntillas, por alcanzar del vasar un pucherito que necesitaba para hacerse la comida.

—¡Niña!—le dijo—, déjame un momento tu cayado para poder alcanzar ese puchero que necesito.

—Con mucho gusto se lo dejo, señora, aunque sentiría que se rompiese, porque es lo único que he heredado de mi padre, con aquel pequeño rebaño.

—No temas, hijita, dámelo. Y luego, cuando haya guisado mi comida, te daré un buen plato lleno de sopas.

Diciendo esto, la viejecita cogió el cayado; pero en los esfuerzos para alcanzar el pucherito, el cayado se partió en dos pedazos.

—¡Ay!, pobre de mí—exclamó Griselda—; ya me lo decía el corazón. Me parece como si hubiera ofendido la memoria de mi padre.

La viejecita comenzó a acariciarla:

—¡No llores! Lo he hecho para probar tu buen corazón. Toma este otro cayado.

Pero Griselda no se consolaba. Fué preciso que la viejecita le propusiese quedarse con ella a vivir en su cabaña. Y Griselda se quedó.

Pasaron meses y años, y la viejecita enfermó, y cuando sintió que se moría, llamó a Griselda, que era ya una joven bellísima, y le dijo:

—Aquel cayado que yo te di no lo pierdas jamás ni lo dejes a ninguno, como no sea al hijo del rey.

Y cerró para siempre los ojos.

Y sucedió que entre el rey de aquel país y el de un país vecino había estallado por entonces una guerra terrible. Los hombres morían como moscas y el país se despoblaba. El rey mismo fué muerto, y le sucedió su hijo, un joven valeroso, que no vino a heredar más que la corona y el nombre de rey. Porque en el tesoro real no quedaba ya un ochavo, y los soldados, al no recibir sus pagas, desertaban en masa. Entre tanto, el enemigo avanzaba triunfante, y el joven rey tuvo que huir, y vagaba por los campos desesperado.

Y así llegó un día a la cabaña donde vivía Griselda con sus cabritas. Exhausto, física y moralmente, se sentó junto a la mesa, y, escondiendo la cabeza entre las manos, rompió a llorar.

Griselda se asustó de pronto; pero compadeciéndose después, se acercó a consolarlo. El rey levantó la cabeza y la vió tan buena y amable, que enjugó sus lágrimas y sonrió.

—¿Cómo te llamas y quién eres?—le preguntó.

—Me llamo Griselda y soy pastora.

Dime qué te ocurre y en qué puedo ayudarte.

—¿Ayudarme? ¡Pobre Griselda! Nada puedes hacer por mí, y ya no me queda sino morir.

Y poco a poco le fué contando toda su historia, y exaltándose tanto mientras la contaba, que cogiendo de pronto el callado de la pastora, que halló a mano, comenzó a pegar con él fuertes golpes sobre la mesa. Y he aquí que a cada golpe salía del bastón un chorro de monedas de oro.

Griselda lanzó un grito, y el rey se quedó pálido y con la boca abierta, hasta que probó a golpear de nuevo la mesa con el bastón y vió que las monedas de oro se multiplicaban. Y tanto y tanto repitió los golpes, que pronto la cabaña estuvo llena de monedas de oro.

El joven quiso saber el secreto de aquel milagro. Griselda le contó la historia del cayado, y entonces el rey le besó la mano diciéndole:

—Me has salvado. Tú serás mi esposa.

Y efectivamente, con aquel dinero pagó a sus soldados, reunió un gran ejército, venció a su enemigo y se sentó en el trono de sus antepasados, juntamente con Griselda, reina de un reino feliz.

LOS TRES AVENTUREROS — CONTINUACIÓN

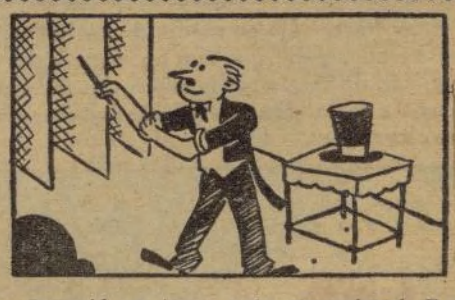
Nuestros amigos se refugiaron en un portal y desde allí rompieron el fuego sin amilanarse. Todo el maldito barrio chino ardía en denuestos contra los europeos, y las turbas vociferaban hostilizando a los aventureros desde mil puntos distintos. El valiente detective, sin aminalarse lo más mínimo, puso ante los aventureros varios cargadores, y él, a su vez, empuñó una pistola ametralladora y abrió un fuego infernal contra los asaltantes, barriendo la calle de enemigos.

Los asesinos, a las órdenes de Wu-Chum, unidos a los miserables del barrio chino, intentaban repetidas veces el llegar hasta los aventureros; pero éstos disparaban sin tregua, y con tan buena puntería, que hicieron comprender a los facinerosos el trabajo que les iba a costar apoderarse de aquel puñado de héroes.

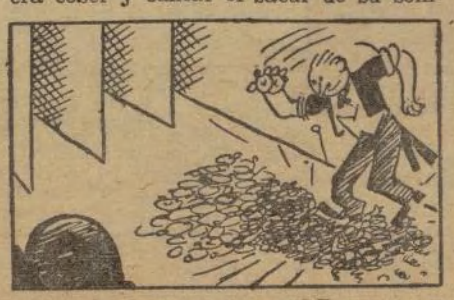
Comprendiendo la imposibilidad de cruzar la calle por la fuerza, grupos de desalmados se corrieron por las azoteas hasta el tejado de la calle, con ánimo sin duda de coger a los sitiados entre dos fuegos. Pero Brake había adivinado la maniobra y dividió asimismo sus fuerzas, encargando a los aventureros que defendieran la escalera, quedandose él solo con la protección del portal. Polo, Boston y Rafa ascendieron lentamente, situándose en el descansillo arma al brazo. No tardaron en aparecer los miserables, que bajaban pegándose a la pared para ofrecer menos blanco. Nuestros amigos les divisaron y abrieron el fuego. Pero era tal el número de asaltantes que comenzaron a perder terreno, poco a poco, y minutos después se encontraban nuevamente en el portal, que Brake defendía con admirable entereza. Al ver conseguidos sus planes, los bandidos alzaron un clamoreo de victoria, y brillándoles en las pupilas todo el odio que embargaba su alma, se aprestaron a saltar como lobos sobre su presa.

Entonces los de la calle salieron de sus parapetos y se oyó la voz de Wu-Chum que, dominando el estruendo, gritaba poseído de un odio infernal: "¡A ellos! ¡A ellos! ¡Ya son nuestros!"

(Continuará)

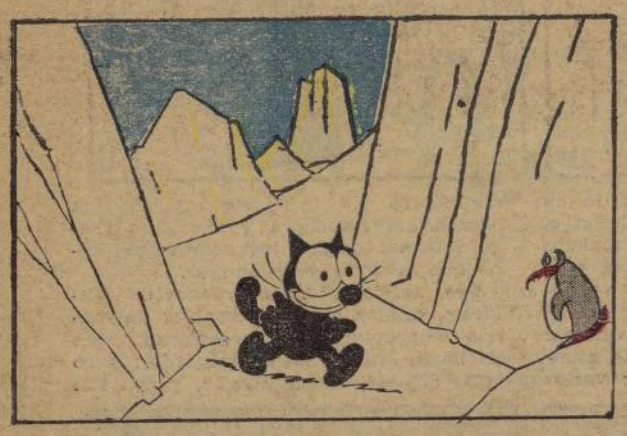


El célebre prestidigitador fué presentado al público como un número sensacional. Para el célebre prestidigitador era coser y cantar el sacar de su sombrero conejillos, pavos y bicicletas, ante el asombro del público. Pero aun anunció un truco más sensacional. Recogió todos los relojes, joyas y alhajas de los espectadores, los hizo un montón y los pateó hasta hacerles polvo. "Y ahora, señores, no se asusten. Este es mi truco sensacional. Voy a reconstruir todo. A la una..., a las... y a las... El prestidigitador exclamó dando alaridos: "Señores; lo siento muchísimo, pero... se me ha olvidado el modo de arreglarlos!



Ayuntamiento de Madrid

ANDANZAS DEL GATO FÉLIX



Contento y satisfecho por haberse desembarazado de sus enemigos, los fieros perros lapones, Félix tomó de nuevo el camino del campamento, con la misma facilidad que os tomáis vosotros una gaseosa de bolita.

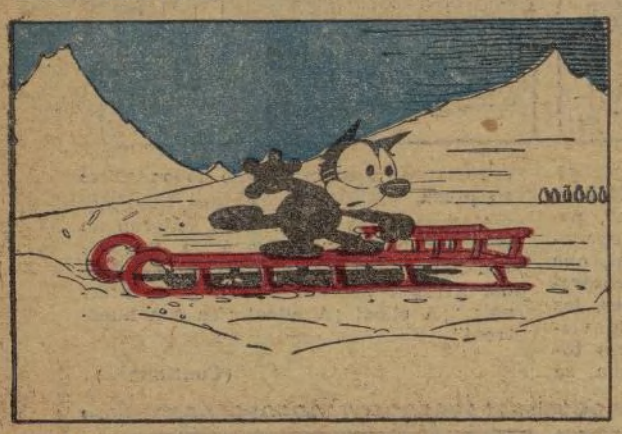
Mientras tanto, los sabios exploradores, después de hacer infinitos cálculos, elevar a potencias y extraerse la raíz de todos los callos, acordaron que era la ocasión más propicia para emprender el descubrimiento del Polo.

Los perros lapones, a todo esto, habían notado la desaparición de sus dos compañeros, y cuchicheaban entre sí, presumiendo que habían sucumbido en su lucha con el gato Félix, de quien juraron tomar cumplida venganza.

Ya todo dispuesto, los exploradores montaron en el trineo y azuzaron a sus perros lapones, emprendiendo el camino del descubrimiento del Polo, cosa casi tan difícil de lograr como el encontrar un guardia cuando hace falta.

Los habitantes de las estepas congeladas les veían pasar con asombro, y no faltó pingüino más o menos que aseguró muy serio que aquellos hombres extraños iban allí a realizar acopio de helados para poner un puesto.

Pero las murmuraciones de aquellos pedazos de... pingüinos no hacían mella en el ánimo esforzado de los sabios exploradores, y siguieron su ruta, tan velozmente, que cogieron un bache, aterrizando en pleno hielo.

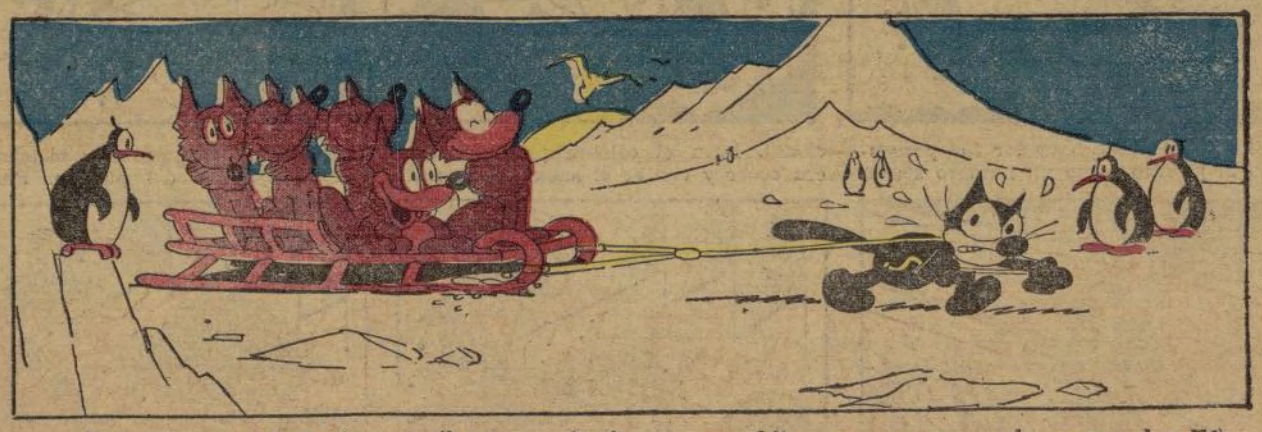


Al encontrarse sólo en medio de los hielos, Félix se quedó helado, y eso que aún no sospechaba la horrible traición de los perros lapones, que habían cogido el bache a mala idea, para desembarazarse de los sabios exploradores.

Félix, más quemado que una cerilla encendida, intentó hacer valer su autoridad para obligar a los malvados perros lapones a que retrocediesen en busca de sus amos, que se debían de haber hecho polvo en la caída.

Pero los miserables chuchos dijeron que corriese su tía, y uno de ellos arengó a sus compañeros, excitándoles a la rebelión, a quemar el trineo y hacerse una pellica con la piel de aquel gato, su mortal enemigo

Pareció que se imponía el criterio del perro levantisco, porque todos los canes se reunieron en corrillo, y tramaron una horrible conspiración en contra de la seguridad del gato, que estaba más "mosca" que otro poco.



Y, en efecto, razón tenía para ello, porque los lapones—maldita sea su casta—se lanzaron sobre Félix, y, después de obsequiarle muy finamente con una tanda de morrones con sangre, le engancharon en el trineo y le hicieron que les llevase cómodamente sentados, haciéndole cantar, además, el "Volga, Volga". ¡Ay, pobre gatito de nuestro corazón, y qué mal, pero qué requetemalísimamente mal iba a escapar de las garras de aquellos malditos, odiados y criminales!

(Continuará)

Ayuntamiento de Madrid

Copyrigth JEROMIN y "Opera Mundi"